

religiosa. Uno de ellos es el misionero Pedro Claver, personaje histórico, que defiende a los negros y cuestiona también la persecución de los judíos, cuestionando la institución eclesiástica, y la autoridad de la corona, desde la benevolencia. El otro es fray Antolín, quien denuncia en forma permanente a la institución eclesiástica desde el sarcasmo.



Además, está el enigmático y contradictorio personaje de Catalina de Alcántara, presunta hija natural del rey, bruja, probablemente amante del obispo Luis Ronquillo y coleccionista de objetos raros entre los que se cuenta de manera increíble la uña del dedo gordo de Dios. Cuando la Iglesia quiere decomisar esa reliquia, ella amenaza con recorrer Cartagena desnuda, ante lo que las autoridades no solo ceden, sino incluso le prometen regalarle el Santo Grial para completar su colección.

La colonia que pinta Espinosa es una época desquiciada y absurda en la que la lógica del discurso del poder se ve permanentemente dinamitada. A través del libro de Roza Jiménez se percibe todo ello. Las preguntas que quedan abiertas es a qué apuntaba la novela en el momento de su aparición en 1970 –tiempos de lo que Espinosa llama en alguna de sus crónicas la mentira del Frente Nacional– y a qué puede apuntar ahora, más de cuatro decenios después. Responder esas preguntas es algo que sin duda desborda esta reseña. Pero sería deseable que un análisis futuro de *Los cortejos del diablo* se las planteara.

Rodrigo Zuleta

Hagiografía gutierrista: ¿monólogo o invitación al debate?

Cinco ensayos sobre Rafael Gutiérrez Girardot

JUAN GUILLERMO GÓMEZ GARCÍA
Unaula, Medellín, 2011, 232 págs.

RAFAEL GUTIÉRREZ Girardot (1928-2005) continúa siendo objeto de estudio y esto es indicio de que sus puntos de vista –en ocasiones tan polémicos y parcializados– siguen constituyendo un marco de referencia para entender diversos problemas del país. Verifiqué en el catálogo de la Biblioteca Luis Ángel Arango que luego de su fallecimiento han aumentado las críticas y comentarios a sus libros, y su propio nombre registra ya cien entradas.

Cinco ensayos sobre Rafael Gutiérrez Girardot agrega una perspectiva más, proveniente de uno de sus alumnos directos, el profesor de la Universidad de Antioquia Juan Guillermo Gómez. En la presentación del libro señala que estos trabajos los realizó durante su año sabático (no indica cuándo) y son fruto de explorar la documentación inédita del archivo de Gutiérrez Girardot que la Universidad Nacional compró a su familia, y que reposa en la Hemeroteca Nacional Universitaria.

El primero de los ensayos, “Rafael Gutiérrez Girardot: un colombiano de primera línea” hace un repaso biográfico –algo desordenado– de Gutiérrez, y toca algunos tópicos de la imagen de Colombia en su obra. Gómez destaca el valor de los documentos que ha encontrado en el archivo mencionado –entre ellas las lecciones inaugurales que Gutiérrez dio en el seminario de Hispanística de la Universidad de Bonn y que no han sido traducidas– y la valiosa correspondencia que sostuvo con personajes como Alfonso Reyes, Hugo Friedrich, José Luis Romero, Miguel Ángel Asturias, Augusto Roa Bastos, Eduardo Mallea y los hermanos Juan y José Agustín Goytisolo. También Gómez reseña las cartas cruzadas con escritores colombianos como Eduardo Caballero Calderón, Germán Arciniegas, Fernando Charry Lara,

Juan Gustavo Cobo Borda, Héctor Abad Faciolince y Rafael Humberto Moreno-Durán. Para los interesados en el primer Gutiérrez de corte fascistoide, Gómez señala que en el archivo encontró dos misivas que le envió Gilberto Alzate Avendaño, cuando era embajador de Colombia en la España franquista. Una parte de esta correspondencia, aparece reproducida al final del tomo.

“¿Cómo se construye un texto crítico?”, el segundo ensayo, es una glosa de la correspondencia que se cruzó Gutiérrez entre 1956 y 1965 con su amigo y protector Nils Hedberg, el director del Instituto Latinoamericano de Gotemburgo, cuando fue becario de la institución y escribió sus primeros trabajos maduros: *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955) y *Jorge Luis Borges. Ensayo de interpretación* (1959), que es considerado el primer análisis académico del, en ese momento, todavía inédito gran polígrafo argentino. El texto también recoge las quejas e ironías de Gutiérrez que expuso a Hedberg, mientras trabajó en la Embajada de Colombia en Bonn, durante la época rojista y en pleno Frente Nacional. Esta correspondencia con el intelectual sueco aporta valiosa información sobre un periodo sumamente rico de Gutiérrez, cuando se sumió en la lectura de Nietzsche, Hegel, Benjamin y colaboró de manera asidua en las revistas *Ínsula* y *Mito*. Es su periodo de madurez y de abandono de su pasado tomasino. Gómez tiene razón cuando valora los atributos del lector crítico que es Gutiérrez Girardot:

Los instrumentos críticos eran la lectura sistemática, el placer apasionado y el encanto y el disfrute en la lectura, la virtud de la sorpresa para dejarse interrogar por la efigie-texto, la indeclinable persecución de su prensa literaria, pero sobre todo, la convicción de una *praxis* crítica que se entiende, en el sentido schlegeliano, a saber, la crítica literaria es literatura que habla de literatura. [pág. 67]

El tercer ensayo, “Rafael Gutiérrez Girardot como diplomático” podría ser considerado una continuación del anterior y aprovecha información inédita que localizó Gómez en el Archivo Nacional y en la biblioteca del Ministerio de Relaciones Exteriores

en Bogotá, donde reposan los informes diplomáticos que envió Gutiérrez a sus superiores entre 1959 y 1970. Como era de esperarse, el cuerpo diplomático colombiano con todas sus improvisaciones y provincianismo aparece retratado de cuerpo entero. Gómez resalta: “el servicio diplomático es una agencia de turismo VIP de las élites tradicionales colombianas” (pág. 105).



El más equilibrado de los ensayos, “Rafael Gutiérrez Girardot y España”, señala las complejas relaciones que tuvo Gutiérrez con el mundo cultural español. Desde muy joven, Gutiérrez estuvo interesado, sobre todo, por la producción literaria y filosófica española, y de ello dan cuenta varios artículos y reseñas que publicó en los años cuarenta del siglo pasado en la *Revista del Colegio Mayor del Rosario* y en el periódico *El Siglo*. La estadía de Gutiérrez en ese país durante los cincuenta —época en que asistió a clases de Ortega y Gasset y del dominico Xavier Zubiri— lo decepcionó absolutamente y definió gran parte de la áspera imagen que en adelante se formó sobre el mundo ibérico. Gutiérrez durante sus estudios en Madrid adquirió identidad académica y clausuró cualquier posibilidad de volverse filólogo, a los que con mucho humor llama “profesionales de la miopía” con una “estructura mental de policías” (pág. 140).

Gutiérrez Girardot puede ser considerado, en consecuencia, el más connotado crítico de la influencia española en Colombia y de ello dan cuenta varios trabajos que reseña con minucia el profesor Gómez. Hecho el balance, Gutiérrez se queda de España

con Quevedo, Valle Inclán, Antonio Machado y Zubiri¹.

De indudable valor, como se señaló antes, es la sección de la correspondencia de Gutiérrez Girardot con intelectuales colombianos y latinoamericanos, que aparece como apéndice del quinto y último ensayo de Gómez. Con asombro observamos que el gran poeta chileno Gonzalo Rojas, ganador del Premio Cervantes en 2003, llama a Gutiérrez “maestro mayor de América Latina” (pág. 185). También destaca el guiño crítico del historiador argentino José Luis Romero cuando le dice a Gutiérrez: “Empiezo a pensar que Ud. debe ser un poco cascarrabias de puro hispánico, porque ahora observo que proyectos no le faltan” (pág. 213). Pero el “bombazo” del tomo de Gómez son las cartas que el fallecido novelista y ensayista Rafael Humberto Moreno-Durán le envía a Gutiérrez, en varias de las cuales lo insta a tomar partido o a cuestionar obras de colegas contemporáneos, como Santiago Gamboa, Jorge Franco, Óscar Collazos, Mario Mendoza, entre otros, y, sobre todo, en que elogia el nivel “extra-terrestre” de sus propias novelas, al punto que Gutiérrez le hace un regaño sensato:

Sospecho que usted comete el pecado de gustarse a sí mismo [...]. ¿Quiere usted seguir el mismo camino de García Márquez? Eso es anacrónico. Usted no es de la especie de los Álvarez Gardeazábal. [pág. 224]

En general, estos ensayos de Juan Guillermo Gómez sobre Gutiérrez Girardot son de difícil lectura porque la escritura es tosca, parece que se tuviera de interlocutor a sí mismo y pierde la distancia para analizar el objeto de estudio. Es evidente que tiene dificultades para descentrarse y seguir las convenciones de la escritura académica, marcada por la intención de diálogo, los recursos intertextuales y el ánimo de integrarse a una comunidad

1. Vale la pena anotar que dos “excursos” de Gómez sobre las colaboraciones de Gutiérrez en la reconocida revista *Cuadernos Hispanoamericanos* y la visión sobre España que aparece en la correspondencia de Gutiérrez con Alfonso Reyes, son colas pegadas, a la fuerza, al resto del ensayo, y debieron ser suprimidas por el editor del libro porque rompen con la unidad del texto (del editor hablaremos al final de la reseña).

disciplinar. Se le olvida que los textos académicos configuran un destinatario específico y por ello exigen la necesidad de establecer un contexto para ser validados, es decir, su fin no es la pelea personal, ni el grito autoritario, ni la polémica solipsista, sino el debate inteligente y la generación de conocimiento. En la página 175 estamos leyendo sus opiniones sobre el debate entre Gutiérrez Girardot y Ricardo Cano Gaviria, a propósito de *Crónica de una muerte anunciada*, y de pronto Gómez no se puede contener y dispara un karatazo gratuito contra Juan Gustavo Cobo Borda, logrando que el lector se fastidie y abandone el texto. En su ánimo por armar camorra, utiliza y convierte a Gutiérrez Girardot en un Kid Pambelé de las letras colombianas, lo que no es cierto. Gutiérrez, de sobra, tiene textos soberbios de gran valor académico y los de perfil polémico no pueden oscurecer los primeros. Este libro del profesor Juan Guillermo Gómez es un lunar en su bibliografía académica, que había alcanzado gran nivel y rigor en *El descontento y la promesa. Antología del ensayo hispanoamericano del siglo XIX* (Universidad de Antioquia, 2003) y en *Colombia es una cosa impenetrable* (2006).

Pero lo más grave es que *Cinco ensayos sobre Rafael Gutiérrez Girardot* es una muestra de lo que no debe hacer la edición universitaria. Este es un libro en que el editor brilla por su ausencia, si bien aparece en la página de créditos en una tipografía de seis puntos. No sobra recordar que la función del editor académico no es enviar a diagramar y publicar los manuscritos que los profesores universitarios le entregan². Estos manuscritos tienen que ser evaluados por un comité académico y por él mismo, en vista a establecer su pertenencia a una colección, reconocer su aporte a una disciplina académica, y determinar si están bien escritos o requieren ser devueltos para revisarse y complementarse. El

2. La definición de Roger Chartier sobre el oficio editorial es la más contundente: “Los autores no escriben libros, escriben textos que son convertidos en libros por los editores. Editar es convertir textos en libros y libros en bienes de consumo”, en *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992, pág. 55.

editor académico no es un poste, sino un activo interventor sobre los textos que le entregan. Los libros académicos son libros de editor, no de autor. En el caso del libro del profesor Gómez, en varios niveles del proceso editorial se presentan problemas. Los más evidentes son la enorme cantidad de errores ortotipográficos y ortográficos. El sociólogo Carlos Rama es Ramar en la página 185 y así nos caiga antipático, el nombre del escritor colombiano es Efraim Medina, no Efraín (pág. 231), como el de la *María* de Isaacs. Las palabras que incluyen prefijos deben ir unidas, no separadas con guion (y otras son inexistentes como “auto-autorizar”, pág. 170), y monosílabos como *vio* (pág. 24) van sin tilde, lo mismo que los pronombres demostrativos (pág. 19), según la *Ortografía de la lengua española* de 2010³. También afectan al texto las imprecisiones en la información. Moreno Durán no fue editor, como dice Gómez (pág. 113), sino colaborador de la revista *Quimera* en su versión española, y director en la colombiana.



El editor debió haber indicado al autor que suprimiera los juegos verbales tontos, como el de que *Historia doble de la costa*, de Orlando Fals Borda, es “hechizante y hechiza” (pág. 29), que no olvidara poner la fecha de nacimiento de Gutiérrez Girardot (pág. 30) y que reescribiera el pie de página barroco, ininteligible, de la página 177. Sin embargo, los problemas más visibles están en el

3. Aquí entendemos el llamado reiterado que el poeta Jaime Jaramillo Escobar ha hecho en estas páginas del *Boletín Cultural y Bibliográfico* sobre la obligación que tienen los editores de contratar a un corrector de estilo profesional.

orden superior, más complejo, de los textos que escribió Gómez. En mi opinión como editor, estos ensayos están pésimamente escritos, son reiterativos y monológicos. A este libro le sobran páginas y le falta, por ejemplo, un índice onomástico o temático decente. Hubiera sido mejor gastar este dinero de la Editorial Unaula en patrocinar la traducción del alemán de algunas de las lecciones magistrales de Gutiérrez Girardot en la Universidad de Bonn.

Pero, como dice el refrán antioqueño: “No lloremos sobre la leche derramada”. En consecuencia, es mejor reducir nuestro trabajo meramente a reseñar las bondades y limitaciones de este volumen.

Carlos Sánchez Lozano

La mirada de Próspero

La expedición helvética. Viaje de exploración científica por Colombia en 1910 de los profesores Otto Fuhrmann y Eugène Mayor

ALBERTO GÓMEZ GUTIÉRREZ
(ED. Y TRAD.)

Pontificia Universidad Javeriana, Colciencias, Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia y Embajada de Suiza en Colombia, Bogotá, 2011, 486 págs., il., mapas + DVD

LA EXTENSA literatura de viajes que se produjo durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX por parte de científicos, diplomáticos o simples aventureros procedentes de Europa, debe criticar la visión colonialista y eurocéntrica presente en esos cronistas. La perspectiva que caracteriza a esos viajeros bien podría caracterizarse como prototípica de la “mirada de Próspero”, con lo que se hace alusión al célebre personaje de *La tempestad* de William Shakespeare. En esa obra se muestra como su protagonista, por supuesto Próspero, imbuido del prejuicio de pretendida superioridad del europeo colonizador esclaviza a un hombre deforme, presentado como “salvaje” y “bárbaro”, que simboliza al habitante del Nuevo

Mundo, al que se muestra como un simple Caribe, término peyorativo del que se desprendería Calibán –el nombre del esclavo de la obra de Shakespeare– cuyo significado implícito es el de Caníbal. En pocas palabras, *La tempestad* es un texto representativo del colonialismo, en el que aparecen como símbolos distintivos el colonizador, Próspero, y el colonizado, Calibán. O dicho de otra forma, en esa obra aparece el europeo ilustrado y racional, el mismo que construye al “nativo colonizado”, cuya historia y cultura es negada como inferior, y éste para “ascender” al mundo civilizado debe renegar de su propia cultura y aceptar la supuesta superioridad del europeo civilizado.

La lógica de la narrativa implícita en *La tempestad* se va a reproducir desde 1611, cuando fue estrenada esa obra, miles de veces a través de los más diversos textos, como sucede con la literatura de viajes del siglo XIX. Y, justamente, esto es lo que encontramos en el trasfondo sociológico de esos escritos, como se evidencia en el libro *Voyage d'exploration scientifique en Colombie*, de los naturalistas Otto Fuhrmann y Eugène Mayor, y publicado en Suiza en 1914. Debió pasar casi un siglo para que esta obra fuera traducida al castellano y publicada en Colombia, como se ha hecho recientemente.

Por supuesto, que no tendría sentido hacer una reseña de un libro de hace cien años y que solo circuló en Suiza, porque esto sería pecar de anacronismo extremo. En su lugar pueden hacerse algunas referencias a la edición que comentamos y luego algunos comentarios sobre la visión eurocéntrica de los naturalistas suizos.

Con respecto al primer aspecto puede afirmarse que este libro cuenta con una aceptable edición, aunque no extraordinaria como podría esperarse de un texto que tiene varios patrocinadores nacionales e internacionales, entre ellos la Embajada de Suiza en Colombia. A esta edición le sobran algunas cosas, tales como una Presentación escrita por Didier Pfirter, embajador helvético en este país, y un Prefacio de Juan Francisco Miranda, por entonces director de Colciencias. Estos dos escritos no dicen nada especial, ni le agregan precisión ni rigor